

La invitación para participar en el Boletín de Arqueología Somos Todos, que aceptamos gustosamente, tiene en la actualidad un significado más relevante que en otros momentos debido a razones de etiología compleja y diversa.

Anticipándome a las breves conclusiones que todo grupo de palabras enhebradas con mejor o peor suerte deben producir, opinamos que hoy más que nunca, ahora precisamente, el slogan, la frase mágica que acertadamente se acuñó para definir que algo se movía o se quería hacer mover en la sociedad cordobesa, fundamentalmente ciudadana, pero no solamente de ciudadanos residentes en la misma ciudad, sigue manteniendo una fresca primavera, una lozanía garbosa y en definitiva un estado de salud excelente.

Las razones las hay y muchas, pero es preciso remontarse a unos cuantos años atrás, tanto en el contexto cordobés y andaluz como en el más amplio nacional e internacional, para seguir la pista de una evolución y un cambio de mentalidad en la sociedad, que no podemos dejar de percibir. Necesitamos sin embargo apoyar con datos el análisis de ese panorama que hoy en día se nos presenta con características muy diferentes a las que sufríamos, (porque en absoluto las gozábamos), hace tan solo unos pocos decenios.

Hemos presentado ya un factor determinante que es el transcurso del tiempo, la diacronía de los hechos, porque sin la percepción de ese panorama sería difícil analizarlo. No podemos prevenir el peligro si no somos conscientes de que existe. Es una verdad de Perogrullo.

Arqueología Somos Todos nació de una inquietud profunda y de una ilusión. Ambas son situaciones anímicas que en un momento determinado salen a la luz transcurrido un tiempo en el que la persona que parió la idea o las personas que reflexionaron conjuntamente para ello y la alumbraron, habían ido madurando la necesidad de exponer públicamente esa inquietud e ilusión con voluntad. No de lamerse las heridas, que en estas cuestiones del Patrimonio Arqueológico siempre se producen, sino de buscar soluciones.

Dicho así, podría parecer que esa catarsis que se produce en el seno del grupúsculo pensante, amanece con una mayoría de edad afirmada, cuando sabemos, es conveniente conocerlo, que cada vez que se produce una situación de carácter creativo, cuanto más fuerte sea el mensaje, mas jirones de piel y carne nos dejaremos por el camino sembrado de obstáculos que habrá que recorrer.

En los años sesenta por no irnos más lejos, las ciudades de Córdoba y Zaragoza, por aquello del orden alfabético y la vinculación personal con ambas, ostentaban el triste record de encabezar la lista de aquellas capitales provinciales españolas que con más rapidez habían destruido y seguían haciéndolo, patrimonio del que entonces se llamaba artístico y monumental porque el arqueológico, que también existía para la legislación entonces vigente, tenía un peso específico mucho menor. Iglesias, torres mudéjares, conventos, palacios y edificios civiles de raigambre y señorío, desaparecieron como por ensalmo sin que se experimentasen reacciones significativas por parte de la sociedad.

Aquella sociedad era anodina, tanto por parte de los sectores cultos e ilustrados como de aquellos, mucho más numerosos, pertenecientes a esas clases sociales que formaban la legión de ciudadanos pugnando, muchas veces sin saberlo, por llevar una vida más digna con el esfuerzo de su trabajo. Todo consistía en intentar llegar a final de mes, en disponer a comienzos del curso escolar de unas pesetas para comprar unos zapatos o botas a los niños que se encaminaban a las aulas en hileras disciplinadas, con batas a rayas o uniformes de dignidad más aparente. Mientras en casa la cultura que se consumía era la de los seriales radiofónicos, (Matilde, Perico y Periquín por ejemplo) y muy poco a poco tras la llegada del primer hombre a la Luna, la que transmitían las primeras televisiones en blanco y negro, como aquella España todavía profunda, contemplados en familia o en el teleclub.

En eso y en poco más. El partido del domingo, las reseñas de Matías Prats el Viejo (de las gafas oscuras), y el vermú con aceitunas o ensaladilla a la salida de misa de doce, para aquellos que podían permitírselo, era toda la cultura de consumo que producía la sociedad del momento. Esa sociedad naturalmente veía o tal vez ni siquiera eso, como desaparecían monumentos, que no iban con ellos, como esas vacas que nos observan lánguidamente detrás de un vallado, con ojos cansinos y unas cuantas moscas (tábanos ya quedan pocos) merodeando por su alrededor mientras ellas rumian eternamente el forraje que han ingerido antes, pasándolo de uno de sus estómagos al otro.

Una sociedad que no conocía nada de nada, no podía reaccionar y no lo hacía, recurran a las hemerotecas y verán que no consta. A lo sumo en alguna reunión de ateneo se podía llegar a comentar tal o cual disparate patrimonial, pero sin demasiado énfasis y sin que quién denunciaba el caso lo hiciera con el entusiasmo debido, ya que en la misma tertulia podía estar presente el propietario o un familiar del bien que se había perdido sin mayores consecuencias. Menudo compromiso el que podía crear sin quererlo.

De las otras reuniones, aquellas que crearon opinión y movimientos soterrados al margen de la legalidad vigente, bastante hacían con no ser detenidos por los ojos del régimen, cuando debatían la necesidad de la reagrupación obrera en sindicatos no verticales para luchar por algo que se ha ido olvidando con el tiempo y más ahora. Se trataba de la dignidad del trabajo y por ende del trabajador y sus derechos. Entonces inexistentes y hoy cada día que pasa empiezan a estar perdidos en el olvido del abuso social y generalizado que sufrimos.

¿Quién se iba a preocupar entonces por eso que hoy llamamos Patrimonio Arqueológico si no sabían que existía, salvo rarísimas excepciones? ¿Cómo se iba a luchar por algo que ni siquiera aparecía reflejado en los medios de comunicación? Cada vez que se arrasaba porque se destruía con “todas las de la ley” y era normal, porque nadie invocaba unas leyes pretéritas que pudiendo proteger bastante (Ley del PHE de 1933), simplemente no se aplicaban, como no lo venían haciendo desde el inicio de la dictadura franquista.

Pero los tiempos van avanzando, la TV se emite con colorines, la gente comienza a viajar fuera de España porque de fuera nos llegan gentes muy divertidas que poco a poco dan que pensar. El Mayo de 1968 parisino, que algunos vivimos en sus epígonos, trajo nuevos aires a España y con ello poco a poco el caldo de cultivo de un cambio que se haría esperar hasta noviembre de 1975, en que la muerte del anciano dictador, bajo el manto de la Virgen del Pilar y en presencia de la reliquia del brazo de Santa Teresa de Jesús (sic), hace que las cosas se precipiten y en 1978 tuvimos una Constitución Democrática que significó el cambio de tantas y tantas cosas que llegaron en tropel.

Podríamos decir sin temor a equivocarnos, que los cambios políticos, con su galopante inflación incluida, nos hicieron tomar conciencia a los españoles por vez primera desde hacía mucho tiempo, de que el suelo que pisábamos era nuestro y que con ello lo que soportaba, desde los campos a explotar, los medios fabriles en que se podía trabajar, los colegios y escuelas en los que aprender y hasta los templos en los que seguir asistiendo a misa de doce o no. También el Patrimonio que ocultaban.

Con los cambios llegaron las leyes, con las leyes la apertura, con la apertura se facilitó el derecho al voto en unas urnas que contenían todas las esperanzas de la sociedad reprimida hasta entonces. Llegaron muchas más cosas y entre ellas la que consideramos de vital importancia a nuestro propósito, la de poder sentirnos herederos de tantas cosas, de nuestra historia y de nuestro pasado más remoto. Con ello de los vestigios del mismo que permitían, poco a poco, muy poco a poco, conocer esas raíces que iban enseñando a los legos quienes éramos, de donde veníamos y a comenzar a ser respetuosos con aquello que parecía importante y lo era.

De asistir con curiosidad a la aparición cada vez más frecuente de restos arqueológicos, esos que terminaban antes en las escombreras sin más preámbulo, a querer conocer que significaban y a quienes habían pertenecido, fue un paso de gigante.

A las aulas universitarias fueron llegando estudiantes que se interesaron por estos temas de la Historia, la Arqueología y la Prehistoria y así comenzó todo en una espiral que no pudo detenerse, pero que hay que seguir alimentando día a día porque en estos momentos existe y amenaza la involución.

El nacimiento de Arqueología Somos Todos fue un salto cualitativo en la sociedad cordobesa que se produjo por incitación de algunos, por supuesto, pero surgió en un caldo de cultivo que se había ido alimentando como un fuego sagrado, que no debe apagarse jamás en una sociedad culta y madura. Sociedad que en un momento dado toma conciencia y responde a la llamada.

De asistir a conferencias, de leer semanalmente artículos periodísticos defendiendo la causa, de escuchar entrevistas, conferencias y programas de radio, se pasa a participar activamente y a proponer actividades, con lo que es la sociedad civil, finalmente TODOS, los que toman la iniciativa y es en ese momento en el que se puede decir que las bases se han sentado y hay futuro por delante.

Hoy en día es una feliz realidad que sin embargo debe estar prevenida ante los nubarrones que se observan en el horizonte. Para que Arqueología sigamos siendo TODOS es preciso retroalimentarse a diario, para no caer en la autosatisfacción y el desaliento que viene luego. Un ciudadano culto y responsable es un ciudadano educado y respetuoso con aquello que hemos recibido en usufructo de las generaciones pasadas para transmitirlo a las venideras. Simplemente eso, pero ya es mucho. Seamos conscientes de lo que significa.